

Dalí

corpore bis sepulto

M. R. Tornadijo



*Historia real
de un secuestro
de novela*

M. R. Tornadijo

Dalí
corpore bis sepulto

Primera edición: 2014

© Miguel Ramos Tornadijo
www.tornadijo.com
tornadijo@tornadijo.com

© Edita: Newline Gabinete de Prensa y Comunicación, S.L.
Madrid: Lope de Rueda, 21 (CP 28009)

Barcelona: Oriente, 78-82 (CP 08172 Sant Cugat del Vallès)

Diseño gráfico: Estudi Guillem Vidal

Depósito Legal: B. 27712-2013

Impresión: Advantia

ISBN: 978-84-933049-5-9

© Portada: Gala y Dalí (1958). Gamma-Keystone, Getty Images.

Printed in Spain – Impreso en España

El autor expresa su agradecimiento al Profesor Miguel Rodríguez-Pantoja, catedrático de latín en la Universidad de Córdoba, por su contribución al título de esta obra *Dalí, corpore bis sepulto* o, lo que es lo mismo, *Dalí, dos veces enterrado*.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros modelos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este es un hecho real; al menos en su principio. Hubiera preferido no tener que matar el tiempo en esta cárcel escribiendo la historia seguramente de una sinrazón, aunque sigo pensando que hicimos bien.

Creo también que lo volvería hacer. Que lo volveríamos hacer. Todos. O casi todos. Siempre hay alguien que abandona las guerras en medio de las batallas.

Éramos muy distintos, sí. Pero nos unía la justicia, la justicia ajena, el profundo desdén por lo mezquino. Yo nunca pretendí ser el *Don Quixote* de Gala, como me dijo Marc Lacroix cuando empezamos esto. Quería simplemente defender el Amor, aunque fuera entre una buscona y un ególatra empedernido. Y porque no entendía el silencio, la comparsa que acompaña al dinero con tal de que aquel muerto beneficiara a tanto vivos.

Todo empezó en las navidades. Había poco trabajo en mi despacho de la Cruz Roja y mataba el tiempo leyendo los periódicos. El fallecimiento de Dalí pare-

cía inminente. Aunque hacía algunas semanas que le habían dado el alta en la clínica Quirón de Barcelona, cuarenta y ocho horas antes de la Nochebuena volvía a ingresar en el hospital de Figueres.

Su estado era lamentable. Parecía como si la prensa, a falta de otras noticias, le estuviera ya despidiendo. Yo leía todo eso con enorme interés. Siempre me atrajo su figura y el surrealismo.

Los partes médicos hablaban de insuficiencia cardiorrespiratoria aguda por infección y tromboembolismo pulmonar. En los informativos de Televisión Española aparecía el artista como un fantasma de sí mismo. Era realmente patético ver este final. No se le entendía nada. Sus balbuceos daban profunda tristeza.

El 18 de enero su fiel sirviente durante 42 años Arturo Caminada acudió al castillo de Púbol, donde estaba enterrada Gala, para organizar los preparativos de las exequias. Llamó a los *masoveros* Joaquim y Dolors Xicot, y dispuso con ellos que se limpiara con urgencia la cripta, donde otra sepultura vacía aguardaba el cuerpo sin vida del Maestro. Ambas tumbas se comunicaban por dentro para que, en el momento final, se unieran sus manos.

El alcalde de Púbol contrató enseguida a una cuadrilla para adecentar los alrededores del castillo, encender la calefacción y repasar todas las estancias, abandonadas al polvo desde que Dalí fuera forzado a

dejar el lugar tras el incendio de 1984, hacía de eso casi cinco años.

El 20 de enero los periódicos informaban que el cura párroco de Sant Pere de Figueres, Narcís Costabella, había administrado la extremaunción al Genio. El pintor ya ni si quiera balbuceaba: *“Dalí me hizo notar con la mirada lo reconfortado que quedó al recibir los Sacramentos”*.

Al día siguiente, el alcalde de Figueres, el nacionalista Marià Lorca, convocó de improviso una rueda de prensa. E hizo una revelación sensacional: Dalí le había dicho en la habitación del hospital que deseaba ser enterrado bajo la cúpula de su museo en Figueres y no al lado de Gala en Púbol. Sin un solo testigo. Y teniendo en cuenta que el pintor farfullaba de manera tan ininteligible que ni siquiera su lacayo Caminada podía entender lo que decía.

Enterrar a Dalí en su municipio le asegurada seguramente no solo la reelección, sino que daba todavía más alas al nido de la urraca. El nido del turismo, de convertir a Figueres en la meca, con cadáver incluido, de los surrealistas.

El artista sucumbía finalmente dos días más tarde, el 23 de enero de 1989. Las páginas especiales en su memoria fueron copiosas. Sobre el entierro, la controversia estaba servida. Su último secretario Robert Descharnes mantenía que Dalí le había dicho “infinitud de veces” que quería descansar en Púbol junto

a su musa. Lo mismo pensaba Caminada, el sobrino del artista Gonzalo Serraclara y todos los vecinos de Púbol: el alcalde de Figueres había robado el muerto. Era inimaginable que un cambio como éste no lo hubiera comentado antes Dalí a sus más cercanos...

La alcaldada barriobajera incluyó hasta el mismo sepelio. Dalí también había dicho en multitud de ocasiones que no deseaba que sus restos se expusieran en público; que no quería fotografías, ni flores, y que prefería tener la cara cubierta. Pero Lorca improvisó una capilla ardiente al más famoso hijo de Figueres en la Torre Galatea del museo. Y hubo flores, cara descubierta y fotografías retratando sin parar las puntas de su afilado bigote. Sólo antes de que se cerrara para siempre el ataúd, Caminada pudo, llorando, cubrir el rostro de su patrón con una tela de encaje.

Todavía recuerdo cómo se me hirvieron las venas. Me parecía inaudito separar a los esposos, además legalmente casados por lo civil y por la iglesia, y que un alcalde se apropiara sin mediar testigos del último ejemplar de la colección: el propio Dalí.

Tampoco acababa de entender ese silencio, esa complacencia de las autoridades y críticos de arte; y que ahora se ventilara tanto en la prensa la vida privada de Gala: cómo había convertido Púbol en un refugio ninfómano en el que Dalí tenía prohibida la entrada; cómo se criticaba su altivez, su frialdad, su ambición; que no le gustaran los niños, que no

supiera envejecer, que considerara el Ampurdán una tierra provinciana. ¡Pero qué más daba! ¿Acaso no estaba el panteón ya dispuesto por ambos? ¿Construído el pasadizo para darse las manos en la eternidad?

Y desde el fallecimiento de Gala, él no había cesado de mantener su memoria. Primero, nada más morir ella, el 10 de junio de 1982, se trasladó a vivir al castillo y allí se encerró durante veinticinco meses hasta que un desafortunado incendio y la posterior presión del clan de ayudantes le obligó a desalojarlo con la argucia de las reparaciones.

Un mes después del fallecimiento de su mujer, el monarca le nombró marqués de Púbol: un título nobiliario que Dalí llevará a partir de entonces con enorme orgullo porque él mismo afirmó que le acercaba a Gala. En agradecimiento, el pintor donará al Estado español el último gran retrato que había hecho de la difunta: *Los tres enigmas gloriosos de Gala*.

También el Maestro decidirá entonces cambiar la denominación de su Fundación, que pasará a llamarse, y por este orden, Gala-Dalí. La Torre Gorgot de su museo la rebautizará Galatea. Una G ondeará en la vela de la barca a modo de logotipo de la institución. Y mandará que se coloque este letrero: *“Prohibido entrar sin la autorización moral de Gala a quienes no hayan reconocido su heroísmo, mi vida”*.

Y todo así, recordándola siempre, a punto ya de morir, como esas frases incomprensibles, masculladas

en la clínica Quirón ante Juan Carlos I entregándole dos ejemplares ricamente ornados de sus textos, entre ellos *Elegías a Gala*, faltando entonces cuarenta y ocho días para su último suspiro.

No podía soportar tantísimo cretinismo. No iba conmigo. Y pensé que debía hacer algo, porque estaban robando un amor ante la indiferencia más absoluta. Ni siquiera me planteé otras opciones. Decidí enseguida abrir un apartado de correos –me dieron el número 14.001 de Barcelona– y redactar un breve Manifiesto para reunir firmas. El texto que envié a la sección de *Cartas al Director* de los periódicos fue éste:

*A favor de la dignidad humana
y del romanticismo,
lanzo públicamente una campaña
contra la decisión del alcalde de Figueres
de enterrar a Dalí lejos de Gala
sin prueba testimonial alguna.
Todas las adhesiones y telegramas
pueden remitirse a mi nombre,
apartado de correos 14.001
de Barcelona (08080).*

Se publicó bastante, la verdad. Supongo que el llamamiento en cuestión contribuyó al morbo daliniano que tanto circulaba en aquellas fechas. La misiva

apareció en *La Vanguardia y ABC*, y me entrevistaron por teléfono en *Radio Barcelona, Radio Costa Brava* y en *Radio 80 Serie Oro*. También se pusieron en contacto conmigo periodistas de *Europa Press* y de los informativos de *Antena 3 Televisión*. Incluso me llamó algún amigo al ver impreso mi nombre, sorprendido de que utilizara mi tiempo libre en defender el estado catatónico de las momias famosas.

Lo que no imaginaron los míos, y claro está ni yo mismo, fueron las gentes y las cartas que respondieron al Manifiesto.

Debo reconocer que la primera vez que acudí al apartado de correos me hallaba bastante nervioso. Después de tantas entrevistas esperaba un gran éxito, estaba seguro de mí mismo y confiaba ciegamente en el triunfo de la verdad y de la justicia. ¿Cuántas cartas habría allí apiladas? Acaso una saca entera y de lugares bien dispares, porque la noticia había aparecido en muchos sitios...

Acudí derecho al buzón reservado, uno más entre la hilada de cajones que decoraban aquella destartalada estafeta. Tuve que abrirme paso entre la cola de la ventanilla, no sin miradas recriminatorias, como si me estuviera colando. Las paredes, de blanco hueso, hacía tiempo que no se adecentaban y los diversos carteles que anunciaban los plazos de los contrarreembolsos, las ventajas del paquete-express y otras grandezas de la Dirección General de Correos aparecían casi todos rotos por alguna esquina y con los celos más amarillentos que los charcos de orín.

Extraje la llavecilla de mi bolsillo, la introduje en la cerradura y descubrí sólo seis misivas: una por cada día que había transcurrido desde que se publicaran las primeras *Cartas al Director*.

No puedo ocultar que aquel primer tributo me decepcionó. Eran demasiado pocas... para las muchas que mi imaginación había sumado en sueños.

Me detuve en un café próximo y pedí el *cortado* de turno. La mesita, de esas redondas para dos, me iba de sobras con tan exiguo equipaje como el que llevaba. Con cuidado, sin prisa, fui mirando uno a uno los remites, esa caligrafía a veces delicada o atolondrada. Encontré también una postal ¡de Peñíscola!

Abrí una al azar. El sobre era anaranjado, escrito a máquina. El timbre era un retrato de Picasso. Y comencé a leer:

Sr. Tornadijo: qué alejado se le nota en su inocente sugerencia sobre el asunto de la tumba de Dalí.

La destartalada mansión de Púbol era el folladero de Gala y Dalí no tenía derecho ni a quedarse a dormir allí.

¿Sabía Ud. que días después del fallecimiento de Gala se encontró al pintor dando brincos encima de la lápida y con risas estentóreas?

¿Sabía Ud. que Gala daba hostias a su amado?

Por favor, trabaje para otra causa.

La firmaba Joanna María Crespells. Lástima del papel, debía ser de seda. Llevaba impreso a un lado una rosa blanca y abajo, en pequeño y en color azul celeste, la frase *Because of Love...*

¡No era un inicio éste demasiado complaciente! La segunda carta, a mano, también en sobre anaranjado, provenía de Figueres:

Muy señor mío: he leído su convocatoria sobre el alcalde de Figueres y paso muy gustoso a darle unos detalles por si fueran de utilidad.

Un notario (que es la fe pública) precisa de dos testigos. Mi alcalde no precisa de ninguno. Con su palabra basta. Siempre es la familia del allegado fallecido quien decide. Con la hermana Ana María Dalí no se ha contado. ¡Mi alcalde manda más sobre los cadáveres que sus familiares!

Tenga Ud. presente que la mayoría de los figuerenses consideran un triunfo la maniobra de nuestro alcalde. Naturalmente que la mayoría por sí sola no representa ni la verdad ni lo más acertado. Solamente representa más bulo.

Quien ostenta un cargo público ha de ir con mucho cuidado con sus decisiones. Lo hecho está reñido con lo ortodoxo, ¡pero ello puede convertirse en un grandísimo éxito electoral!

Le deseo reciba muchas adhesiones, si bien es mi humilde parecer que tendrá muy pocas. La dig-

nidad humana y el romanticismo están pasados de moda.

Alfonso Romero firmaba el escrito. Por la letra, debía ser un hombre entrado en canas. ¡Menos mal!, me dije. De momento había empaté técnico...

La siguiente, a máquina también, más escueta, con el D.N.I. incluido, era de un hombre con un cierto refinamiento: el texto centrado, la signatura pomposa a pluma, las correcciones en typex, el apellido inusual:

En solidaridad con la indignación e impotencia que produce observar cómo a una persona desprovista de la vida se le arrebatában los deseos expresados previamente, le envió estas pocas líneas; las cuales espero que junto a muchas otras puedan tener un mismo efecto para devolverle la paz a ese genio de la pintura, que no es necesario nombrar.

Alejo Sacher

Vino luego a mis manos la postal. Se veía la fortaleza y el pueblo encalado de Peñíscola bañado por una mar serena. La rúbrica era difícil de entender: Tatiana Gonchanova.

Dullita Galarina no se merece esto.

La quinta carta, anónima, no dejaba espacio para la duda:

Estoy contigo, Miguel.

Interpreto la decisión del alcalde de Figueres como un montaje turístico-monetario impresentable.

La sexta, al contrario, mostraba un alarde de erudición. Un folio a máquina a dos caras firmado por Rosa Díaz-Santos Fornells, de Girona. La señora se declaraba ferviente admiradora de Dalí en sus diferentes vertientes pictórica, humana y científica. Lo sorprendente es que coleccionaba extractos sonoros del pintor, que ella misma clasificaba por puro gusto personal y que había grabado en tres cintas de 90 minutos cada una; igualmente imágenes en video que venía recopilando desde el año 1982.

A continuación pasaba a transcribirme sus últimos registros con pelos y señales; las declaraciones de unos y otros (también del alcalde Lorca a *Informe Semanal* de TVE, donde no acaba de estar seguro de cuanto aconteció en el momento de las últimas voluntades del genio sin contar con testigo alguno); para finalmente concluir:

Con todo lo expuesto, sobran las palabras para deducir cuál es mi opinión al respecto.

Transcurrió poco rato, porque todo esto lo leí y lo repasé con premura, aún sabiendo que me sobraba el tiempo y las circunstancias en este café morocho tan pleno de vendedores de humo, de bostezos de mediodía.

Guardé las pocas cartas en la cartera y salí de allí un tanto aturdido. Era cierto que habían transcurrido pocos días y que muchas misivas estarían por llegar... pero la sola duda del fracaso me persiguió a lo largo del día.

La escena la repetí, invariablemente, dos días más tarde. Sin embargo, tan sólo encontré dos sobres, como si cada día que pasaba sentenciara el número mismo de tan incógnitas adhesiones. Nada hallé de curioso o de insultante; aunque reconozco que me dejó perplejo este final anónimo:

Atentamente, uno que le gusta el arte pero no la infelicidad.

Comencé a pensar que con este goteo de escritos no llegaría muy lejos. Algunas buenas intenciones había, sí; pero también empezaba a ser consciente de que, cuanto más tiempo pasara, el llamamiento iría perdiendo fuste. No me iban a publicar varias veces la misma *Carta al Director* ni me harían nuevas entrevistas para remover el asunto si no surgían grandes novedades. Y si a algún periodista se le ocurría preguntarme cuántos partidarios había reunido ya, la

respuesta no podía quedarse en una simple decena de firmas...

Cabía esperar, claro; y pensar que una chispa enciende todo un bosque... Mas el latigazo de la incertidumbre no se apartaba de mi sombra.

No había famosos, no me sonaban apellidos intelectuales, políticos. Nada, gente que me parecía de todo punto corriente, indignada como yo por este *alcalde Fuenteovejuna*. Bastantes mujeres, a pesar de la mala prensa de Gala...

Confesiones a mano, a máquina; sellos de todos los colores, sin latitudes demasiado definidas. Diría que menos de la mitad daba cuenta de sus señas, dejando entreabierto el camino para un encuentro testimonial entre despechados, coleccionistas, figurantes...

O acaso entre solitarios que, como yo, buscaban razones para creer todavía en la fuerza irreverente de la pasión.